

Arana, Juan, ed. *La cosmovisión de los grandes científicos del siglo XX. Convicciones éticas, políticas, filosóficas o religiosas de los protagonistas de las revoluciones científicas contemporáneas.* Madrid: Tecnos, 2020, 523 pp.

Nolo Ruiz¹

Universidad de Sevilla, España

Una crítica que leí acerca de *La cosmovisión de los grandes científicos del siglo XX. Convicciones éticas, políticas, filosóficas o religiosas de los protagonistas de las revoluciones científicas contemporáneas*, obra colectiva bajo la dirección del prestigioso filósofo Juan Arana, al poco de ser publicada, la calificaba, con cierto y notorio tono de infravaloración, como “demasiado introductoria”. Y vaya si lo es. Pues este libro es (como) una puerta. Una por la que penetrar y adentrarse, descubrir, acceder a mucho desconocido, velado, por la que asomarse a curiosear. Por esto, lo que en una consideración más superficial podría parecer, o pretenderlo, menosprecio, resulta sin embargo, en la contemplación en su unidad de la totalidad del trabajo, una de sus cualidades más destacadas, sin lugar a dudas: su condición de introductorio, de puerta. Porque las más grandes y también más complejas ideas de la humanidad se hallan ostensiblemente más próximas de lo que pudiera parecer a simple vista. Pero altas como la luna son las murallas que separan al neófito de ellas. Por ello son necesarias –fundamentales– las puertas. Y eso es justamente, para empezar, lo que han hecho los autores de esta obra colectiva, abrir una puerta en los muros de la filosofía, de la ciencia, según el lado del amurallamiento del que se esté, para todo aquel que por ella quiera entrar; que es lo que quizás debiéramos hacer todos los demás. Y no cabe duda de que este volumen dirigido por el profesor Arana (afortunados quienes al-

1. noloruiz.fil@gmail.com

guna vez fuimos alumnos suyos) es una gran puerta a muchas cosas. Por lo pronto a conocer a 39 grandes figuras de la ciencia universal del siglo XX –correspondientes a la misma cantidad de capítulos–, que suponen otros tantos acercamientos a las obras, consideraciones filosóficas e implicaciones de las mismas, de una lista de nombres propios que no puede más que levantar interés en las mentes cultivadas. Cuando menos, curiosidad. Se trata de los físicos Einstein, Planck, Bohr, Born, Heisenberg, Jordan, Pauli, Schrödinger, Dyson, Feynman, Joliot-Curie, Oppenheimer, los matemáticos Gödel, Penrose, Thom, Turing, Von Neumann, los cosmólogos Eddington, Hawking, Hubble, Lemaître, los biólogos evolucionistas Dobzhansky, Margulis, De Chardin, los químicos Pauling, Prigogine, los bioquímicos Crick, Monod, Ochoa, los fisiólogos Duve, Lejeune, Lorenz, los neurocientíficos Eccles, Kandel, Levi-Montalcini, Libet, Ramón y Cajal, Sherrington, y el lingüista Chomsky. Ahí es nada. Este ofrecimiento intelectual, esta mirada amplia, abarcante, con tamaña cantidad de científicos de relevancia histórica de la científicamente apasionante –y axial– vigésima centuria, posee en este sentido enorme valor como puerta por la que introducirse en las ideas científicas y filosóficas de las que pueden ser consideradas entre las mentes más brillantes de la humanidad, y como inicio, en consecuencia, de la posibilidad de profundización. Esta obra es en este sentido ya de por sí relevante.

Ahondando más en la significación y sentido del libro, se vislumbra un rasgo de enorme belleza filosófica, y que con justicia puede ser calificado como forma de averroísmo, como supone la defensa de la, no solo pertinencia, sino también necesidad de conjugar las vías de la ciencia y de la filosofía en la aspiración al conocimiento –yendo en este caso más lejos incluso que el propio filósofo andalusí, en mucho por las vicisitudes propias de la situación de ruptura epistemológica a la que nos ha traído el propio devenir histórico, en tanto que apologiza, además de la relevancia de la doble vía filosófico-científica, análogamente al universal pensador cordobés, también la de la doble vía filosófico-religiosa–. Y puede ser considerado como tal dado que se defiende la conveniencia de conjugarlas, no de mezclarlas y diluirlas, de simultanearlas, completándose la una a la otra, la filosofía y la ciencia, simbióticamente. Lo que supone a la par como resultado la defensa implícita de una suerte de inevitabilidad filosófica en virtud de la cual las

más grandes mujeres y hombres de ciencia no pueden más que desembocar en la filosofía (ética, política, teología, etc.), lo que, a su vez, tiene como consecuencia el señalamiento de la necesidad del regreso de los filósofos a los monumentales edificios que hasta hace no tanto construían juntos desde el primer milenio, e incluso antes, pitagóricos mediante. Ambas, filosofía y ciencia, son necesarias, defiende la obra, ambas se complementan la una a la otra, aunque en según qué aspectos, temas, métodos, etc., sean completamente diferentes. Esto, a su vez, lleva a una idea igual o más bella que la anterior, y cuya presencia late continuamente a lo largo de todo el volumen, respecto a la consideración del verdadero tamaño de la propia filosofía, en un propósito de apertura, de ensanchamiento de lo que extrañamente se ha ido estrechando con su mismo progreso, al demostrar que la filosofía no queda encerrada hermética cual momia en sarcófago y sarcófago en pirámide tras las paredes de universidades y centros de investigación, en grupos más o menos pequeño de expertos en filosofía, sino que, y solo para empezar, muchos (¿todos?) expertos de las numerosas disciplinas del conocimiento, incluyendo a la mayoría de los más universales, albergan inquietudes filosóficas que en no pocas ocasiones cuajan en opiniones o ideas de relevancia tanto para la(s) sociedad(es), como para la filosofía misma (o que bien podrían hacerlo si se les prestase mayor atención).

Igualmente resulta de interés en esta obra colectiva toparse tanto con las ideas complejas e indiscutibles que aparecen en ella, como con esas otras manifiestamente más discutibles y simples, indicando con ello la importancia y beneficio del afrontamiento intelectual, con las mayores actitud y honestidad crítica posibles, de toda idea más allá de su naturaleza y signo. Puesto que las interpretaciones nunca son inocentes (como tampoco el lenguaje) –Heisenberg formuló un principio de aplicación allende la propia (y gloriosa) física–, las expuestas en este libro, que no escapan a este axial y afamado fundamento enunciado por el no menos famoso físico teórico wurzburgués, tampoco lo son. Lo que supone un reto más para el lector, junto con el acercamiento a los logros científicos de estas grandes mentes del siglo XX, a las complejidades de sus teorías y descubrimientos y a las intrincadas implicaciones que conllevan, así como a la profundidad de sus inquietudes, ideas, posicionamientos y propuestas filosóficas. Una apasionante y recomendable tarea intelectual.